

Vio y creyó (Domingo de Resurrección)

1. Resulta siempre conmovedor apreciar el impacto que produce, primero el sepulcro vacío y luego las apariciones del Señor, en los primeros discípulos. En los cuatro evangelios se consigna la gradual transformación que experimentaron aquel inolvidable día, el primero de la semana después del sábado.

El punto de partida es el desconcierto, la sorpresa, incluso la incredulidad en casi todos los casos. Anoche, en la Vigilia Pascual, este año escuchamos la versión de san Lucas. Las mujeres piadosas madrugan aquella mañana para embalsamar el cuerpo del Maestro. Y, al ver la piedra removida y el sepulcro sin el cuerpo del Señor, se quedaron *desconcertadas*. María Magdalena, apunta por su parte san Juan, incluso teme que alguien haya robado el cuerpo. El propio Pedro, también lo recordábamos anoche, se asomó, *vio los lienzos y regreso a su casa, asombrado por lo sucedido*¹. Y así muchos otros.

Un testimonio autorizado

2. Pero hay un personaje importante que reacciona de un modo completamente distinto. Un testigo ocular que podríamos con propiedad considerar el *primer cristiano*, en el sentido de ser el primero que aceptó con todas sus consecuencias el misterio de la resurrección del Señor. Me refiero, obviamente, a san Juan evangelista.

Era, bien lo sabemos, el discípulo amado de Jesús. El que en la noche de la Última Cena, se había reclinado junto al Maestro en aquel intenso momento de confidencias entrañables. Cuando María Magdalena, perpleja y sofocada, comunica la noticia a los apóstoles, Juan sale corriendo hacia el sepulcro. Llega antes que nadie, se inclina (la entrada de los sepulcros judíos era muy baja), pero no entra, dándole su lugar a Pedro. Cuando por fin se introduce nos consigna su primera impresión de una manera maravillosa: *Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó*².

El misterio de los lienzos

3. Obviamente, esta impresión, que podríamos tal vez denominar fotográfica, de lo que encontró tiene mucho que ver con la disposición de los lienzos. No olvidemos que Juan también estuvo presente en el sepelio. Es decir, observó atentamente cómo quedó dispuesto el cuerpo del Señor la tarde del viernes. Comprensiblemente, sobre estos versículos evangélicos esto se ha escrito mucho y no es del caso entretenernos ahora en esos pormenores. Baste señalar que, según autorizadas opiniones, su impresión fue como si el Señor se hubiera *esfumado*.

¹ Evangelio de la Vigilia Pascual, ciclo C, *Lucas* 24, 1-12.

² Evangelio, *Juan* 20, 19.

Un autor contemporáneo al que tengo especial admiración y simpatía, Vittorio Messori, en uno de sus libros ha dedicado amplio espacio a esta escena del Evangelio. Y, apoyado en argumentos escriturísticos, arqueológicos e históricos, nos ofrece una conclusión que vale la pena recoger aquí. La cita es un poco larga pero no tiene desperdicio:

Sin dejar de respetar el misterio, podríamos decir que el hecho sucedió a través de una especie de relámpago de luz y calor: un reflejo “sensible” del Misterio, que debió de absorber instantáneamente los aromas que impregnaban las telas. Desaparecido el cuerpo, las telas que lo habían envuelto, mucho más pesadas, se dejaron caer sobre la sábana que cubrían y adoptaron una posición “extendida” (...). El sudario para la cabeza, mucho más ligero y pequeño, y por así decirlo, “almidonado” por el desecado de los aromas líquidos, quedó (...) “por el contrario (...) envuelto”, como cuando ceñía la cabeza del difunto, apareciendo así ante los apóstoles “en una posición singular”³.

Fe razonable

4. Se trata del acontecimiento más importante de la historia del cristianismo y del único relato que tenemos de primera mano. Fue para el discípulo amado algo especialmente impactante que se tradujo en esa respuesta: **vio y creyó**. En ese momento, Juan aceptó la verdad de lo que Cristo tantas veces les había anunciado y que hasta entonces no habían conseguido comprender.

Esta mañana, casi dos mil años después de los acontecimientos, nosotros aquí, apoyados en ese testimonio y en la autoridad de la Iglesia, hacemos nuestra su impresión y afirmamos, con una *fe razonable*, que Jesús resucitó y que es, por tanto, el Hijo de Dios vivo. Con el texto de la secuencia le decimos hoy:

*Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.*

Y, con san Pablo, nos sentimos impulsados a *buscar las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios (...)*. Poniendo nuestro corazón *en los bienes del cielo, no en los de la tierra*⁴. Porque, aceptada esta verdad, todo lo demás viene como consecuencia. Si Cristo resucitó debemos considerar lo que hizo y lo que dijo como venido de Dios. Y, por lo mismo, como camino seguro para vivir felices en la tierra y alcanzar finalmente la salvación eterna.

Hermanos míos, bien sabemos que no nos faltan amarguras en este mundo. Como botón de muestra bastaría mencionar los terribles atentados terroristas sobre cristianos de Sri Lanka de esta mañana. Pero Cristo vive y con Él podemos estar seguros, alegres y esperanzados de su victoria final.

³ V. MESSORI, *Dicen que ha resucitado*, p.144.

⁴ Segunda lectura, *Colosenses* 3, 1-2.

5. Y no nos olvidemos de felicitar a la Virgen María por la resurrección de su Hijo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 21 de abril de 2019